

# INTRODUCCIÓN

*Metáphora* es cuando por alguna propiedad semejante  
hazemos mudança de una cosa a otra como diziendo  
es un *león*, es un Alexandre, es un azero por dezir  
fuerte e rezio e llámase *metáphora* que quiere dezir  
transformación de una cosa a otra.

(*Gramática castellana*, Antonio DE NEBRIJA)

*Metaphor* is a primary tool for understanding  
our world and our selves.

(*More than a cool reason*, xii, LAKOFF y TURNER)

A los veinte años será pavón; a los treinta, león;  
a los cuarenta, camello; a los cincuenta, serpiente;  
a los sesenta, perro; a los setenta, mona;  
y a los ochenta, nada.

(*Oráculo manual y arte de prudencia*, Baltasar GRACIÁN)

Así definía el maestro andaluz la figura retórica por excelencia y así marcaban su importancia Lakoff y Turner (1978), representantes fundamentales de la lingüística cognitiva. Por otra parte, el jesuita aragonés resumía las etapas por las que todos nosotros pasamos y las compara con diferentes animales, con el hilo conductor del león entre ambos textos. En ese «nada» final, por cierto, resuena el tremendo endecasílabo con el que cierra Góngora su *Mientras por competir con tu cabello*: «en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada».

Este libro, que ahora comienza, no trata del «embrutecimiento» del hombre (que también): solo quiere contar, de forma sencilla, cómo a lo largo de la historia de nuestra lengua los hablantes hemos utilizado los nombres de los

animales para referirnos a nuestros rasgos físicos y a nuestra manera de ser (rasgos psicológicos) y de comportarnos (a nuestras virtudes —menos— y a nuestros defectos —bastantes más—); también, con ellos, nos hemos referido a las diferentes edades, profesiones y relaciones interpersonales. Casares (1950: 111), prestigioso académico y experto en diccionarios, se refería a las metáforas basadas en nombres de animales en uno de los libros fundacionales del estudio de los diccionarios españoles, su *Introducción a la lexicografía moderna*:

Particularmente instructivo, en cuanto a la mayor o menor capacidad de los nombres concretos para engendrar acepciones figuradas, sería un capítulo dedicado a la fauna. Si nos dicen, por ejemplo, que «Fulano es un zorro», todos entendemos sin vacilar que se trata de un individuo astuto y solapado. Si nos dijeran, en cambio, que «es un lobo», no sabríamos a qué atenernos, a pesar de que este animal abunda más y anda más cerca de los hombres. *Liebre* es estigma notorio de cobardía; *conejo*, en cambio, carece de valor traslaticio. Entre todas las especies de monos, solo es el *mico* el que encarna la lujuria, al paso que el afán de imitación, característico de todo el género, ha ido a fijarse en la *mona*.

Ese proceso forma parte (importante) de las numerosas metáforas que designan al ser humano desde otros ámbitos del mundo que nos rodea: «es un *adoquín*» («persona torpe e ignorante») viene de la comparación con un objeto; «es un *limón*» («de carácter agrio») se basa en una comparación con una fruta; «es un *Adonis*» («joven hermoso») es una referencia a la Mitología (el amado de Afrodita); «es una *mesalina*» («mujer poderosa o aristócrata y de costumbres disolutas») es imagen que procede de un personaje histórico (Valeria Mesalina, la tercera esposa del emperador Claudio). La metáfora no es solo una figura retórica; es, sobre todo, un procedimiento psicolingüístico tan fundamental en el conocimiento del mundo como difícil de definir. La bibliografía sobre ella es apabullante y este libro quiere convertirse en una pequeña contribución al estudio de ese cambio de significado que vertebraba el lenguaje humano, referido a nuestra lengua. *Cfr.* Martínez Dueñas (1993) y Chamizo (1998).

Hoy, después de muchos trabajos que nos ha deparado la lingüística cognitiva, sabemos que la metáfora es mucho más que la reina de las figuras retóricas. Somos conscientes de que las lenguas naturales se diferencian de las lenguas artificiales (matemática, lógica, cibernética) en que hay ambigüedad (polisemia, homonimia) y un uso de expresiones no literales (preguntas indirectas, ironía, frases hechas y metáforas) que constituyen «mentiras referenciales»: «Mario *no* es un zorro», aunque sea muy listo.

El procedimiento metafórico es una manera de conocer la realidad, de establecer relaciones entre los objetos para «aprehenderlos» mejor, para —por aproximación— «comprenderlos» mejor. El modelo cognitivo de Lakoff (1987) se basa en la creencia de que conceptualizamos el mundo por medio de nociones corporales

o de la experiencia que permiten un proceso de abstracción (cualidades) a partir de conceptos más cercanos (en nuestro caso, los animales). Ese proceso cognitivo se sustenta, asombrosamente, en una base biológica: en el cerebro, cuando se produce determinados accidentes en ciertas zonas de la masa encefálica, los procesos metafóricos desaparecen.

Ullmann (1976: 241) estableció cuatro grupos de metáforas «que se repiten en las más diversas lenguas y estilos literarios: antropomórficas, animales, de lo concreto a la abstracto y *sinestésicas*»:

Otra fuente perenne de imágenes es el reino animal. Estas metáforas... se mueven en dos direcciones capitales. Algunas de ellas se aplican a plantas y a objetos insensibles. Otro extenso grupo de imágenes animales se transfieren a la esfera humana, en donde con frecuencia adquieren connotaciones humorísticas, irónicas, peyorativas o incluso grotescas. Un ser humano puede ser comparado con una inagotable variedad de animales: un perro, un gato, un cerdo.

Voy a centrarme en este trabajo en el segundo grupo, el de las *metáforas animales*. Creo que es necesario acudir al momento de la historia de las palabras en el que se documenta el cambio semántico (la aplicación al ser humano de rasgos de los animales) y estudiar los mecanismos, y el entorno textual y cultural que permite el alumbramiento del nuevo significado. Nos vamos a sumergir, pues, en el bestiario metafórico de la lengua española, que dispone ya de algunos estudios sincrónicos (*cf.* Hoyos —2000—, Echevarría —2003— y Borràs —2004—), pero al que le falta una visión histórica, diacrónica, que explique las circunstancias de su nacimiento y su proceso hasta hoy (hay que reseñar el interesante trabajo de Pilar y M.<sup>a</sup> Luisa Montero *El léxico animal del Cancionero de Baena*, 2005).

En el funcionamiento de las lenguas, el aspecto físico (atractivo o repugnante), la manera de ser (encantadora o vomitiva) o el comportamiento (ejemplar o inmoral) del hombre y de la mujer se concretan en una serie de adjetivos, clase de palabras que —como es bien sabido— designa las cualidades. Son cualidades físicas (*delgado, gordo; veloz, lento*); cualidades psicológicas (intelectuales —*astuto, ignorante*— y de comportamiento —*ahorrador, grosero*—) y cualidades morales (*humilde, cobarde*). Todas ellas pueden ser positivas o negativas (cap. 7.1). También aparecen las diferentes denominaciones de las edades —*niño, adolescente...*—, las relaciones sociales —*jefe, víctima...*— y los nombres de profesión —*policía, proxeneta...*— (cap. 7.2).

Lakoff y Turner (1989: 171) señalan que el ser humano categoriza a las demás entidades del mundo en una jerarquía conformada del siguiente modo (*the basic great chain*):

HUMANO: actitud y comportamiento elevados (pensamiento, carácter).  
ANIMALES: atributos y comportamiento instintivos.

PLANTAS: atributos y comportamiento biológicos.

OBJETOS COMPLEJOS: atributos estructurales y comportamiento funcional.

ENTIDADES FÍSICAS NATURALES: atributos y comportamiento físicos y naturales.

Como veremos más adelante, existe en las lenguas un constante flujo de intercambio de nombres entre estos ámbitos diferentes. A pesar de los pesares, seguimos sintiéndonos el centro del universo (estamos en la cúspide de la jerarquía ontológica). Proyectamos los nombres de las partes de nuestro cuerpo en la naturaleza y los nombres de lo que nos rodea (animales, plantas, objetos, hombres) en nuestro aspecto y en nuestra manera de ser y de comportarnos. Hay un juego de ida y vuelta que resulta siempre sorprendente: pero siempre el ser humano como punto de partida o de llegada. Frente a las metáforas antropomórficas, que suponen una proyección de los rasgos del ser humano en la realidad que le rodea («un *brazo* de mar», «la *falda* de una montaña», «la *boca* del metro»), están aquellas que efectúan el viaje inverso: proyectan formas y comportamientos de los seres de esa realidad en nosotros. Objetos, vegetales y animales aportan sus nombres en la denominación de nuestros rasgos físicos, psicológicos o morales. Son los esquemas metafóricos *los hombres son animales, los hombres son vegetales, los hombres son objetos*.

No voy a detenerme en este aspecto (porque es materia de otros estudios), pero hay que señalar que el tránsito metafórico del bestiario afecta también al mundo de los objetos y al mundo vegetal: la *pantera* es «ágata —cuarzo lapídeo— amarilla» (en su segunda acepción en el diccionario académico); hay *pasos de cebra* («por estar señalizado con unas franjas blancas paralelas, que recuerdan la piel de las cebras»); la *araña* es una planta en las Antillas. También hay un movimiento metafórico en el interior del bestiario. La *araña de mar* es un tipo de *cangrejo*; el *buey* o el *piojo de mar* son dos tipos de *crustáceo*; el *caballito del diablo* o el *ciervo volante* son clases de insectos; el *caballo de mar* es el *hipopótamo* y el *hipocampo* (pez pequeño «cuya cabeza recuerda la de un caballo»); el *oso marino* es una especie de *foca*.

Finalmente, hay que señalar que este cambio metafórico ocurre también en el mundo de los humanos al mundo animal: en el diccionario académico, encontramos al *frailecillo* (ave), al *hortelano* (pájaro), al *zapatero* (insecto), al *capellán* (un pez) e, incluso, al *segador* (una araña). En Canarias, la *oropéndola* es el *jornalero* (Gran Canaria) o la *chova piquirroja* —ave— es la *juanita* (Las Palmas).

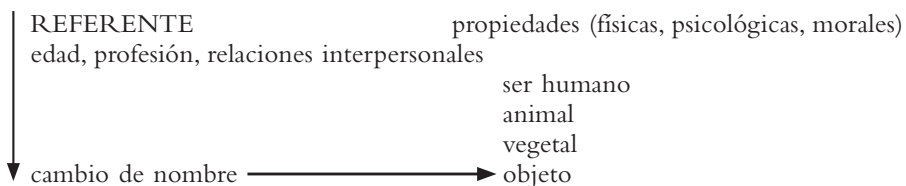
En la lengua, cuando se asienta la metáfora, surge una vía paralela a la mera aparición del adjetivo. Se crea una posibilidad de sinonimia, que parte de la necesidad del hablante de manifestarse con expresividad, con intensidad, con ironía, en determinados contextos concretos. Es un proceso de sustitución de adjetivos (portadores de la cualidad más importante) por sustantivos —nombres de animales— (referentes dueños de esas cualidades): «Es muy *listo*» = «Es un *águila*» («Es tan listo como un águila»). Como en el resto de las metáforas, funciona el esquema *arriba mejor/abajo peor*. Las aves tienen muchas más cualidades positivas que los reptiles, como veremos (*águila* versus *serpiente*).

La metáfora aparece, en principio, como una innovación de alcance limitado (como cualquier cambio semántico). Se da el nombre de un referente a otro referente. En esta fase inicial, esa metáfora es «creativa». Muchas metáforas que son propias de la poesía mantienen ese estatus limitado y constituyen parte fundamental del estilo y de la visión del mundo de los poetas. No puedo por menos de recordar la fuerza creadora metafórica de Federico García Lorca: ese mar que se nos presenta como «dientes de espuma, labios de cielo», por ejemplo. Algunas de esas metáforas creativas, sin salir del ámbito de lo poético, adquieren una cierta difusión. Es el caso, por ejemplo, de las metáforas que se refieren a los diferentes elementos de la belleza femenina que, durante los Siglos de Oro, representaban el canon de la mujer hermosa ilustrado por Botticelli en *La nascita di Venere*: las *perlas*, los *claveles*, el *crystal*, etc. Es obvio que las metáforas poéticas buscan no tanto la eficacia en la comunicación como el efecto estético.

Ivor Armstrong Richards definió de manera muy eficaz un proceso muy difícil de explicar: «In the simplest formulation, when we use a metaphor we have two thoughts of different things active together and supported by a single word, or phrase, whose meaning is a resultant of their interaction» («Metaphor», *The Philosophy of Rhetoric*, Oxford University Press, 1936: 93). Distingue el *tenor* (la idea principal, subyacente) y el *vehículo* (la idea bajo cuyo signo es aprehendida aquella). El hablante lleva a cabo la transacción de contextos.

Voy a recoger, en este trabajo, textos en los que aún no hay identificación entre el *tenor* y el *vehículo* (el elemento que se compara y el elemento con el que se compara), es decir, la comparación previa al proceso identificativo metafórico: aunque es interesante esta división en un plano teórico, en la historia del cambio de significado la comparación es el paso previo y, por tanto, conviene documentarlo también.

Las metáforas que han tenido una difusión más o menos amplia entre los hablantes son las que acaban en los diccionarios; y casi siempre tienen un origen anónimo. Estas son las que nos interesan y cuya historia, en la lengua española, vamos a intentar contar.



	<i>ser humano</i>	<i>animal</i>	<i>vegetal</i>	<i>objeto</i>
ser humano	<i>mesalina</i>	<i>herrero</i> (pájaro)	<i>dama de noche</i> (planta)	<i>juanete</i> (hueso)
animal	<i>zorro</i>	<i>buey de mar</i> (crustáceo)	<i>abejorra</i> (Canarias, planta y flor)	<i>chivo</i> (Cuba, bicicleta)
vegetal	<i>leño</i>	<i>margarita</i> (molusco)	<i>hiedra terrestre</i> (labiadas)	<i>fruta de sartén</i> (pasta de harina)
objeto	<i>adoquín</i>	<i>estrella de mar</i>	<i>candelabro</i> (planta)	<i>cuna</i> (espacio comprendido entre los cuernos de una res bovina)

Cuenca y Hilferty, en su *Introducción a la lingüística cognitiva* (1999: 100), proponen la siguiente lista de las metáforas más importantes:

<i>Morir es partir</i>	Nuestro amigo nos ha <i>dejado</i> .
<i>Las tareas difíciles son cargas</i>	Quiero quitarme este <i>peso</i> de encima.
<i>Las personas son animales</i>	El muy <i>burro</i> me dijo que no sabía resolver el problema.
<i>La vida es un viaje</i>	<i>Vá por la vida</i> sin la más mínima preocupación.
<i>Las teorías son edificios</i>	Esta teoría carece de <i>fundamentos</i> empíricos.
<i>El tiempo es un objeto de valor</i>	El tiempo es <i>oro</i> .
<i>Las ideas son alimentos</i>	No pienso <i>tragarme</i> ni una mentira más.
<i>El amor es una guerra</i>	Ella lo <i>conquistó</i> con su sonrisa.

La preocupación por el mundo animal desde la Antigüedad tiene un aspecto material y práctico (alimentación, vestido, decoración), un aspecto socio-afectivo (los animales de «compañía», las mascotas), pero también una relación con el pensamiento ético y simbólico (su utilización en el mundo de las creencias, de los mitos, de la filosofía y de la moral, y de la literatura): desarrollaré estos aspectos en el capítulo 1.

En un libro imprescindible, explica Arthur O. Lovejoy (*La gran cadena del ser. Historia de una idea*, Icaria, Barcelona, 1983) la concepción aristotélica del mundo como una escala (en jerarquía) que parte de los cuatro elementos (agua, aire, tierra, fuego); continúa con los animales y los seres humanos, y termina con los ángeles y Dios. También con sus jerarquías internas (el león está por encima del conejo y este por encima del gusano):

A pesar de su reconocimiento de la multiplicidad de los posibles sistemas de clasificación de la naturaleza [Platón], fue Aristóteles quien principalmente sugirió a los naturalistas y filósofos de los tiempos posteriores la idea de clasificar todos los animales

(por lo menos) en una única *scala naturae* ordenada según el grado de «perfección». Como criterio de orden de esta escala, a veces utiliza en grado de desarrollo de la descendencia en el momento de nacer; de ahí resultaban, en su concepción, once grados generales, con el hombre en la cima y los zoófitos en el fondo (1983: 73).

La clasificación de los animales, que va a vertebrar la ordenación de este libro, no es sencilla. Aristóteles, en su *Historia Animalium* (1990), los agrupa por su semejanza y parentesco, y aporta interesantes comentarios. Durante mucho tiempo prevaleció un criterio «habitacional»: así había animales terrestres, acuáticos y aéreos (las ballenas o los cocodrilos estaban con los peces); así aparece en la *Historiae naturalis de piscibus et cetis* (1650) de Jan Jonston. En los bestiarios y en las recopilaciones enciclopédicas antiguas, se reducía la clasificación a los tres ámbitos en los que se mueven: el telúrico, el acuático y el aéreo. En el siglo XVIII, con Linneo (*Systema naturae*, Leyden, 1735), triunfó el criterio «morfológico»: en su edición de 1758 —comienzo de la nomenclatura zoológica— distingue seis clases:

- I. MAMMALIA (pilosa, in Terra, gradiuntur, loquentia).
- II. AVES (plumosae, in Aëre, volitant, cantantes).
- III. AMPHIBIA —REPTILES— (tunicata, in Calore, serpunt, sibilantia).
- IV. PISCES (squamati, in Aqua, natant, poppyzantes).
- V. INSECTA (cataphracta, in Sicco, exsiliunt, tinnitantia).
- VI. VERMES —restantes invertebrados— (excoriati, in Humido, panduntur, obmutescentes).

El desarrollo de la Zoología ha supuesto un planteamiento terminológico que ha sido complicado de verter en los diccionarios. El diccionario académico (y con él, casi todos los demás) ha hecho una adaptación que carece de coherencia en muchos casos, pero que sirve de acercamiento a una presentación más o menos ordenada de los referentes. Establece la siguiente clasificación y en cada grupo incluye los animales considerados nucleares en el grupo (*prototipos*):

PROTOZOO: (organismo) «constituido por una sola célula o por una colonia de células iguales entre sí, y que casi siempre es microscópico». [*ameba, paramecio* (suprimidos en la edición actual)].

METAZOO: (animal) «de cuerpo constituido por muchísimas células diferenciadas y agrupadas en forma de tejidos, órganos y aparatos». [*vertebrados, moluscos y gusanos*].

VERTEBRADO: (animal) «del grupo de los cordados que tiene esqueleto con columna vertebral y cráneo, y sistema nervioso central constituido por médula espinal y encéfalo».

AVE

ANFIBIO [*salamandra, sapo*]

MAMÍFERO

PEZ

REPTIL O RÉPTIL [*culebra, lagarto, galápagos*]

INVERTEBRADO: (animal) «que no tiene columna vertebral».

ARTRÓPODO [*insectos, crustáceos, arañas*]

INSECTO: «con un par de antenas y tres de patas».

CRUSTÁCEO: «con dos pares de antenas, cuerpo cubierto por un caparazón».

ARÁCNIDO: «sin antenas».

MOLUSCO [*limaza, caracol, jibia*]

GUSANO

[MARISCO: «crustáceos y moluscos comestibles»]

He dedicado un capítulo a cada grupo de animales con un *criterio habitacional*: TELÚRICO (3), AÉREO (4) y ACUÁTICO (5). En el TELÚRICO, están mamíferos (3.1), reptiles (3.2), gusanos (3.3) y arácnidos (3.4); en el AÉREO, aves y pájaros (4.1) e insectos (4.2); y, finalmente, en el ACUÁTICO, aparecen los peces (5.1), los crustáceos y moluscos (5.2) y los anfibios (5.3). Añado un capítulo dedicado al BESTIARIO IMAGINARIO (6), aquellos animales que, sin tener referentes reales, han sido importantes en nuestra cultura y cuyos significados son metafóricos.

El objeto de este trabajo es documentar en los textos y en los diccionarios la aparición, el funcionamiento y la evolución de estas metáforas que vienen del mundo animal hasta nuestro uso actual. Como es obvio, la realidad de América, en lo referente a la fauna, es diferente de la Península Ibérica (y de Europa en general); por lo tanto, veremos cómo hay metáforas exclusivas del español americano y viceversa: no todos los nombres del español peninsular tienen procesos metafóricos al otro lado del Atlántico.

El corpus de este estudio procede, básicamente, de la revisión de los significados metafóricos de los nombres de animales en dos diccionarios académicos: el *Diccionario de la lengua española* y el *Diccionario de americanismos*. También he añadido usos metafóricos encontrados en otros diccionarios, en mis lecturas, en conversaciones con colegas y amigos, y en la propia documentación de los *corpora* académicos. Está formado por 320 nombres de animales: 138 (el 43%) pertenecen al BESTIARIO TERRESTRE; 124 (el 39%) al BESTIARIO AÉREO y 42 (el 13%) al BESTIARIO ACUÁTICO.

El 5% restante pertenece a los animales genéricos (10, el 3,1%) y a los animales imaginarios (6, el 1,9%):

— 10 nombres genéricos: *animal, alimaña, bestia, fauna, bicho, fiera, monstruo, cuadrúpedo, cachorro y alevín*.

— 6 nombres imaginarios: *basilisco, dragón, arpía, fénix, yeti y chinchintora*.

Los MAMÍFEROS son los más numerosos (113), seguidos de las AVES Y PÁJAROS (84); ya a más distancia aparecen los INSECTOS (37) y los REPTILES (19). Los menos frecuentes son los CRUSTÁCEOS (9), los GUSANOS (6), los ANFIBIOS (5) y, finalmente, los ARÁCNIDOS (3).



Hay 13 nombres genéricos de grupo o de subgrupo:

- 7 en los MAMÍFEROS: *acémila* —SOLÍPEDOS—, *pécora* —RUMIANTES—, *paquídermo* —PROBOSCIDIOS—, *primate*, *cuadrumano* y *simio* —PRIMATES—.
- 1 en los REPTILES: *sabandija*.
- 1 en los GUSANOS: *gusano*.
- 2 en AVES Y PÁJAROS: *ave*, *pájaro*.
- 1 en INSECTOS: *chupóptero*.
- 1 en PECES: *pez* (*peje*).

Tenemos 5 animales con nombres heterónimos para el macho y la hembra, todos ellos en los MAMÍFEROS: *toro* / *vaca*, *caballo* / *yegua*, *gallo* / *gallina*, *carnero* / *oveja*, *cabrón* / *cabra*.

Hay 38 nombres hipónimos:

- 17 en los MAMÍFEROS: *perro-galgo*, *lebrél*, *sabueso*; *toro-miura*, *novillo*, *matacán*; *buey-cabestro*; *cerdo-lechón*, *verraco*, *caballo-bucéfalo*, *rocín*, *garañón*, *potro*; *burro-quinicho* (pequeño); *cabra-cabrito*; *oveja-cordero*; *monomico*.
- 1 en los REPTILES: *lombriz-lambrija*.
- 9 en las AVES Y PÁJAROS: *gallina-pollo*, *pipiolo*, *capón*; *ganso-gansarón* (bravo); *paloma-palomino*, *pichón*, *tórtolo*; *gorrión-gurriato*; *papagayo-loro* (rojo).
- 8 en los INSECTOS: *avispa-avispón*; *abeja-zángano*, *suncuán* (Honduras); *hormiga-bibijagua* (Cuba), *chichilasa* (México) y *bachaco* (Venezuela); *escarabajo-caculo* (Puerto Rico), *mayate* (Honduras).
- 1 en los PECES: *tiburón-marrajo*.
- 2 en los ANFIBIOS: *rana-renacuajo*, *samarugo*.

También tenemos 33 nombres sinónimos:

- 21 en los MAMÍFEROS: *zorro-raposo*; *ciervo-venado*; *cerdo-puerco*, *marrano*, *cochino*, *chanchó*, *gorrino*, *guarro*; *asno-pollino*, *borrico*, *guarro*, *jumento*; *yegua-jaca*; *mofeta-zorrino*; *garduña-fuina*; *cabra-chiva*, *chota*, *baifa*; *cordero-borrego*, *chiporro*; *conejillo de Indias-cobaya*.
- 1 en los REPTILES: *víbora-áspid*.
- 8 en las AVES Y PÁJAROS: *pavo-guajalote*, *guanajo*, *chompipe*; *halcón-tagarote*, *cuco-cuculillo*; *urraca-picaza*; *gorrión-pásula*; *avutarda-avucastro*.
- 2 en los INSECTOS: *chinche-jelepate*; *carcoma-quera*.
- 1 en los ARÁCNIDOS: *alacrán-escorpión*.

Son, en definitiva, 215 animales reales y 6 imaginarios.

También forman el corpus de este trabajo 146 derivados y compuestos (11 con entrada independiente) y 198 elementos fraseológicos (2 con entrada independiente) [*cfr.* Capítulo 8].

He decidido, aunque hubiera sido interesante, no incluir en este corpus los gentilicios que proceden de un nombre de animal. Se trata de un proceso metonímico, no metafórico: la identificación del nombre del animal con un grupo de personas no procede de una igualdad de conductas o de formas, sino de una coexistencia en un contexto determinado. No obstante, solo enumero (aunque no doy datos lexicográficos y textuales) los casos encontrados, por su interés para completar la visión de esta influencia del mundo de los animales en el léxico referido a las personas:

*ballenatos y gatos* (Madrid), *gurriatos* (El Escorial), *lagartos* (Jaén); *boqueros* (Málaga), *caballas* (Ceuta), *chicharreros* (Tenerife), *choqueros* (Huelva); *charapas* (tortuga, Perú oriental), *guachinangos* (Campeche, barrio de La Habana), *guanacos* (El Salvador), *llamas* (Bolivia —en Chile—), *monos* (Ecuador —en Chile—).

La información de cada nombre de animal con sentido metafórico tiene la siguiente estructura (marco con un \* los no incluidos en el *DLE*):

- *Capítulo, grupo* (en su caso), *número identificativo y nombre del animal*. Va desde el 2.1. (Metáforas genéricas. *Es un animal*) hasta el 6.320. (Bestiario imaginario. *Es una chinchintora*). El *perro* es 3.1.14: bestiario telúrico —3—, mamíferos —1—.
- *Definición* del diccionario académico (salvo indicación en contrario) del *sentido recto* (normal). *Nombre científico*, tomado del *Diccionario de uso del español* de María Moliner. *Sentido metafórico (metafóricamente)*; en algunos casos, ese sentido no está recogido en el diccionario académico: aparece solo en el *Diccionario de americanismos*, en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, en el *Diccionario de argot de Espasa* o solo en los textos.
- *Etimología*, tomada del *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (1980–1991) de Corominas y Pascual, salvo indicación en contrario. *Primera documentación del sentido recto*; en las documentaciones, cuando no sea muy conocido su autor, añado alguna brevísima alusión biográfica, o alguna orientación sobre el tipo de obra.
- *Documentaciones del sentido metafórico*. El mayor o menor número depende de la importancia y de la frecuencia de la metáfora. Como información complementaria, cito los adjetivos y los verbos que preceden en los *corpora* académicos, a las comparaciones del nombre precedidas de *como*, referidas a cualidades o conductas de los seres humanos; así, *LIEBRE* aparece precedido de los adjetivos *cobarde*, *ligero*, *rápido*, temeroso y *tímido* y de los verbos *correr*, *huir* y *saltar*.

- [En su caso, *informaciones complementarias de tipo cultural o simples curiosidades*, que pueden hacernos entender mejor el proceso metafórico. En algunos animales, añado alguna nota sobre su valor simbólico, con información y citas del *Diccionario de símbolos* de Chevalier].
- [En su caso, aparecen después *los derivados y compuestos y la fraseología* que la palabra ha generado, con su correspondiente documentación; normalmente ocurre en los animales importantes culturalmente o con un uso metafórico frecuente.

El orden que sigo es: aumentativos, diminutivos y despectivos; derivados verbales; derivados adjetivos; derivados sustantivos; compuestos léxicos; compuestos sintagmáticos; locuciones; frases y expresiones.

En los refranes, me limito a señalar su presencia en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del profesor salmantino Gonzalo de Correas: el «maestro Correas»; en algunos casos también recorro a los *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549) de Hernán Núñez. Solo aparecen, lógicamente, esas palabras o enunciados si mantienen un sentido metafórico: incluyo *como el perro y el gato, pero no dar gato por liebre*, por ejemplo].

- En los primeros nombres de los diferentes tipos de animales, he incluido información sobre el grupo al que pertenece: enumeración de los integrantes, tipo de significado (negativo o positivo), las primeras documentaciones (en sentido recto y metafórico) y los derivados, compuestos y fraseología. Son los siguientes:

Genéricos: 1. *animal*

Mamíferos: cánidos (11. *zorro*); félidos (18. *felino*); bóvidos (23. *toro*); cérvidos (31. *ciervo*); suidos (35. *puerco*); solípedos (45. *asno*); proboscídeos (60. *paquidermo*); rumiantes (75. *cabra*); carnívoros (66. *hurón*); roedores (92. *ardilla*); lagomorfos (102. *liebre*); primates (115. *primate*)

Reptiles: 124. *sabandija*

Gusano: 143. *gusano*

Arácnidos: 149. *araña*

Aves: rapaces (154. *águila*); gallináceas (174. *gallina*), palmípedas (188. *pato*); psitacíformes (202. *papagayo*); pájaros (213. *pájaro*)

Insectos: 236. *chupóptero*

Peces: 273. *pez*

Crustáceos: 301. *cangrejo*

Anfibios: 310. *rana*

Imaginarios: 315. *basilisco*

En la medida de lo posible, he procurado documentar el significado metafórico de nuestras palabras. Su aparición en los diccionarios supone, en principio, la existencia de documentación previa. Pero a veces no es así. Ocurre más en el *Diccionario de americanismos* que, como se sabe, está elaborado con una serie de diccionarios previos, muchos de ellos basados no en un corpus textual, sino en la

competencia lingüística del autor. En algunas ocasiones, también sucede que el uso metafórico no está recogido en los diccionarios: *avestruz*, *cachorro*, *cocodrilo*, *elefante*... En otras, el sentido metafórico está documentado antes que el sentido recto: *avispón*, *canario*, *gurriato*, *gusarapo*...

Casi todos los textos proceden de los corpus académicos: *Corde* (orígenes-1975), *Crea* (1975-2000) y *Corpes XXI* (2001-2014). En los textos anteriores a la Academia, he normalizado la acentuación, pero he mantenido la puntuación. Cuando no he encontrado el uso metafórico en los *corpora* académicos, he recurrido al buscador de *Google* (estos textos tienen una forma reconocible y sus referencias están recogidas en notas al final del libro). Y no siempre estaban allí: por eso, hay algunas metáforas sin base textual, algunas de ellas del ámbito americano o del ámbito dialectal (*cauque*, *jaiba*, *rodaballo*, *samarugo*...).

En cuanto a la bibliografía, solo recojo en el listado final aquellas referencias que tienen una relación directa con el tema de este estudio (en el texto, las citamos abreviadas). Aquellas obras de las que he tomado un texto aislado están citadas, por extenso, en el texto (entre paréntesis).